

hoy escribe

Antonio Alvarez Solís (*)

zelatan

EL AÑO QUE VA A PASAR

El paro vivificador

Otra vez la concertación social. Siempre la vana, la imposible concertación. El espectáculo es penoso. Una patronal distante, ensobrecida, que oye con creciente dificultad. Un Gobierno que ha renunciado a su capacidad de mediación. Unos sindicatos fatigados, escépticos. Sobre ese fondo se insiste patéticamente: en la búsqueda de un interés común que hace tiempo se ha disuelto al vascular el proceso social hacia las exigencias de la gran élite. No hay nada que negociar, casi nada que negociar, teniendo al fondo esos intereses. Porque no se columbran otros, la posibilidad de otros. Más aún, esos grandes intereses han absorbido el lenguaje posible y lo han ahorrado a su imagen y semejanza. Hemos de hablar con el lenguaje de esos intereses. Un lenguaje asperamente contable, sin más riqueza que la estricta del apuntamiento del beneficio. Y así los rendimientos son contables, los crecimientos son contables, los proyectos han de prometer una correcta contabilidad. No cabe poner sobre la mesa otro aspecto, otro gesto de humanidad. ¿Quién habla hoy de lo social? Hablar de lo social equivale a deslizarse por la superficie indefinible de la antigüedad. De las dos economías que han entrado en contradicción, la economía del rendimiento contable y la economía social del empleo, sólo se es audible si se habla de la primera. La sanidad colectiva se mide con la regla de la contabilidad en términos de beneficio; la esperanza se apoya en las previsiones contables. Las figuras humanas quedan difuminadas al fondo de todo ello, apenas visibles, apenas razonables. ¿El empleo? Ah, el empleo... Oigamos al ministro de Economía en Santander: España debe acostumbrarse a las altas tasas de paro. No habla el ministro de una circunstancia transitoria, de una situación extrema. No. El ministro nos invita a acostumbrarnos al paro. Y lo tremendo es que el paro es siempre el paro ajeno, es la ajentidad, es lo otro. El paro está ahí distorsionando el fino proyecto, enturbiando el crecimiento, el exiraño y excluyente crecimiento.

Hemos de acostumbrarnos al paro, a la faza del Sistema. Incluso hemos de llegar al convencimiento de que el paro es una condición del Sistema, una exigencia de su fisiología. El sistema no puede funcionar sin paro, fruto maloliente de una razonable digestión. Hay que vivir estas realidades, pero sobre todo ha llegado la hora de confesarlas. En este sentido parece evidente que el poder ha cambiado su mecánica de lenguaje. Habla ahora con un desparpajo sorprendente, con impudor. El Sistema no usa ya un lenguaje elíptico, un lenguaje con caparazón moral. No. Los hechos son los hechos y se justifican por sí mismos. Habla el Sistema directamente a los destinatarios de la derrota social, o mejor aún, habla a los supervivientes de esa derrota para que no sientan ni pena ni solidaridad con los derrotados, con los eliminados del triunfo. Poco a poco, pero con franqueza hiriente, el poder va contándonos que el crecimiento ya no será nunca un crecimiento multiplicador de la estructura económica, un crecimiento multicelular. Ese crecimiento horizontal que creaba empleo y proclamaba el derecho de todos los ciudadanos honrados a los frutos del rendimiento colectivo ha cedido plaza a un crecimiento vertical, selectivo y excluyente. Un crecimiento de zonas concretas, de clases concretas, sobre ejes concretos. Un crecimiento que va dejando a un lado y al otro de su marcha largas teorías de parados cuyo destino es irremediable. Hay que acostumbrarse a ello. Pero cuando el poder —ahí están las palabras del ministro— dice que hay que acostumbrarse a ello ni siquiera se lo dice al parado sino al resto de la comunidad trabajadora, a la que se envía el lenguaje subliminal de la disciplina, de la aceptación acobardada, del sometimiento. Como en un campo de batalla el superviviente tiene que aprender a valorar su suerte como un regalo del azar.

El parado, esto es lo más grave, se ha quedado sin voz. Su mismo sindicato ya no es un sindicato de ofensiva sino una plataforma

triste, medio inválida, gestora de lo que queda. ¿Ha oído usted la consigna?: hay que repartir lo que hay; unos empleos, unos retos salariales... Fuera de eso, extramuros del sindicato, queda el ancho y oscuro mundo de la economía sumergida, magna en cuyo seno las células económicas descolgadas del conjunto estructural van generando sus pequeños medios de pago que luego correrán como hilos para formar los abundosos ríos que desembocarán en los seis grandes consumos sociales: la alimentación (multinacional), la automoción (multinacional), la industria químico-farmacéutica (multinacional), la informática (multinacional) y el armamento a través del Estado (multinacional). La secuencia parece transparente: paro-economía sumergida-generación de medios atípicos-grandes consumos concretos en las concretas multinacionales. La economía devora parados, mas exactamente, devora supervivientes difíciles del paro —sumergidos— para amasar con ellos el volumen dinerario que luego se concentrará como ingreso en los sectores concretos de unos países concretos. En los bordes de esas zonas sólo unas minorías exiguas reciben la onda gratificante de los grandes negocios. Unas minorías que constituyen la coartada del mentido crecimiento.

Consecuencia: hay que acostumbrarse al paro. Sin el paro no es concebible el crecimiento, ese crecimiento: el crecimiento de unos sectores concretos en unos países concretos. El mundo ya no vive de la incorporación de masas cada vez más amplias a través de una expansión integradora sino que vive de concentrar el poder económico que va quedando en núcleos cada vez más duros y con una mayor capacidad de exclusión. Esto es, el mundo empieza a vivir de lo que excluye, de lo que explota en los bordes del sistema. La vieja mecánica de crecer de adentro a afuera ha sido sustituida por la mecánica contraria, una mecánica de implosión.

(*) Escritor

Utsjoki

Egun hauetantxe (Uztailaren 1, 2 eta 3an) ospatu dute saamitarrek (laponiarrek) beren Aberri Eguna Utsjoki herriskan, Suomi (Finlandia) barruan, Iparraldean, Noruega-ko mugan.

Eskandinabiako lehenengo biztanleak ere, abertzale bihurtzen ari baitira: miende honen erditsura arte beren herritasunari buruz saamitarrek uzkur agertzen baziren ere, orain, gazteen artean batez ere, bizimodua berrituaz batera, abertzaletasuna ere heldu da.

Lau estatuan banaturik bizi dira saamitarrek: 30.000 Noruegan, 15.000 Suezian, 4.500 Suomen, eta 2.000 ESSBan (Kola eskualdean).

Utsjoki herri txikia da: 1.523 biztanle (1983); baina beraz saamitarrek dira nagusi: ordiek ez dute suomiera (finlandera) ulertzen ere... Utsjoki-ko eskolak saamiera (laponiera) eskatzen du 1980z geroztik. Idazle gazteak (Valkeapää, adibidez) abertzale agertzen dira.

Hizkuntzak dituen 9 dialektoen artean, erditsuan erabiltzen den «Iparraldekoa» hautatu zuten «Batu»-tzat 1978an; orduraterako hiru batu-erdiak, hiru estatuen arauetakoak, saihetsean utzi. Anar-ko Irratia ere (Inari lakuan) astean behin saamieraz hasi da.

Irakur dezagun 1971ko Agiria, saamitur guztiek onartua: «Saamitarrek gara eta saamitarrek izan nahi dugu. Herri bakar bat osatzen dugu. Geroa seguratako digun marko juridiko eta ekonomiko bat eskatzen dugu» (Jiellivärri-ko Batzarrean). «Mi leat samit».

Beste herri bat esnatzen ari.

TXILLARDEGI

hemeroteca

Crisis: pocas sorpresas

(Javier González Ferrer, «El Diario Vasco», 9-7-88)

Sin duda, el nombramiento de un sindicalista -desenganchado, pero sindicalista al fin y al cabo- como ministro del Interior, es lo que más ha descolocado a los observadores de la vida política. En cualquier caso, no hay que olvidar que Corcuera es vasco y que, quizá, estamos asistiendo a un cambio de estrategia consistente en llevar la que parece última fase de la negociación con E.T.A. desde instancias distintas a Interior, tal vez con hombres no vinculados con la Seguridad y dirigidos desde la Moncloa de una forma más atenta.

Más Gobierno

(Rafael Torres, «Navarra Hoy», 9-7-88)

Tenemos un nuevo Gobierno, pero también lo tenemos más grande, pues en algún sitio tenían que meter a las chicas del partido después de lo del 25 por ciento. Se han inventado dos carteras facilitas, la de Bienestar Social y la de portavoz del Gobierno, que es la que llevaba Solana en los ratos libres para evitar a los ministros enojados comparecencias ante la opinión pública. Uno, que está persuadido de que las mujeres podrían hacerlo mejor casi todo, lamenta esa es-

pecie de limosnilla que les han dado, pero todavía hay muchos hombres que les falta ser ministros, y habrá que esperar un poco en la cola todavía.

Por lo demás resulta curiosa la extracción de los nuevos prebostes: mientras unos no pertenecen al PSOE, otros son el Partido Socialista mismo, miembros conspicuos de la ejecutiva federal. Debe ser una manera como cualquier otra de matar dos pájaros de un tiro; por una parte se abre, y por la otra se amarra, es decir un «ten con ten». De los sin carnet podríamos destacar a Jorge Semprún, que ciertamente, tiene aspecto de guardar más relación con la cultura que su predecesor, pues creo que, incluso, ha escrito alguna novela. Lo cual, además, le aproxima al noventa por ciento de los españoles, que raro es el que hoy en día no las escribe.

El Gobierno que viene

(«El País», 9-7-88)

(...)Aparte de esos guinos políticos, la composición del Gabinete sugiere la formación de una especie de Gobierno de coalición entre los distintos niveles y fuerzas que hoy se disputan un espacio en el interior del partido socialista. Así, se superponen la ejecutiva federal del PSOE, el sector ugetista favorable a la política gubernamental, los hombres identificados con Guerra,

los neoliberales de Solchaga y las personalidades relevantes del partido que no comulgan ni con éstos ni con aquellos. También hay una inclusión de no militantes socialistas -Semprún, Conde y Aranzadi- y además son cinco los ministros vascos, de origen o de adopción. Este último hecho parece casual, pero no deja de ser simbólico.

Una crisis cargada de lógica

(Antonio Papell, «OTR/Press», 9-7-88)

(...)Con todo, la crisis ha tenido

otras dimensiones políticas importantes. Quizá la más notable es la que marca una profunda y nueva brecha entre el partido y el sindicato socialista, UGT. González se ha apoyado considerablemente en el aparato del PSOE, sacando de su ejecutiva federal a tres miembros -Matilde Fernández, Corcuera y Múgica- y, por añadidura, ha otorgado carteras a dos de los principales valedores del «felipismo» en el interior de la central ugetista, Corcuera y Matilde Fernández.

Este hecho, unido a la confirmación de Solchaga quien, provocativamente, había reiterado su deseo

de abaratar los despidos apenas horas antes de la crisis en el palacio de la Magdalena—, quien por añadidura sale fortalecido (el nuevo ministro de Industria, Aranzadi, es un fiel colaborador), constituye un sonoro bofetón a Nicolás Redondo y, por extensión, a la facción vasca de Damborenea.

En suma, González ha premiado la lealtad personal, ha castigado la ineficacia, ha primado la línea «liberal» del PSOE, ha dado satisfacción al aparato del partido, y ha «centrado» al Gobierno, eliminando las escasas aristas de radicalidad que todavía pudieran quedar.

